



Después de las exposiciones realizadas en Madrid como parte del proyecto "Rehabitar en nueve episodios" (2010 y 2011) y luego de la revisión del libro *Rehabitar*, cada vez surgen más ideas que adquieren mayor relieve. Toman, por ejemplo, un valor especial las que parecen más simples, las que retoman propuestas que inspiraron el proyecto al conferir más importancia a las acciones de los individuos, a su actitud, que a la tecnología. Esto, unido a la reclamación expresada por algunos con algo así como "hacer casi nada", refiriéndose a una arquitectura esencial pero al mismo tiempo práctica, expresando un abordaje de la idea de habitar, sin complicaciones pero de gran implicación, invita a pensar de nuevo sobre la casa. No sólo se trata de una simplificación del objeto y de su diseño, sino más bien de una simplificación de la intervención, de la idea de habitar. Esto afecta a algunos elementos del "proyecto de arquitectura". Entre éstos, a cuestiones como el acabado o a la composición y, por el contrario, incorpora la acción, el acontecimiento. Por eso, en el desarrollo del proyecto *Rehabitar* se proponían ejemplos como el del Belén, recogido en algunas pinturas o una persona sentada en el banco de una plaza, como en escenas de la película *Caos Calmo*; a los personajes de la serie *Lan Wei* (Inacabado) del fotógrafo Stanley Wong, o en las distintas escenas de una mudanza. Todos estos ejemplos tenían en común la idea de instalarse y permanecer. No de la permanencia que solemos asociar al monumento y a la memoria, sino a la que expresa el dicho: "*domi manere convenit felicibus*" (conviene a los felices quedarse en casa). Rehabitar tiene ese sen-

tido, el de instalarse, aunque sea de una forma precaria en un espacio precario. Disponer de lo mínimo para hacerlo llevando a cabo acciones esenciales, también elegantes y gentiles. Así, instalarse en algún sitio y tomar posesión supone (más o menos en este orden) barrer y limpiar, desembalar lo imprescindible, ordenar, prender la luz, preparar comida, sentarse y descansar. Rehabitar, en cierto modo, tiene que ver con esto, más que con la construcción. Vemos esto en cosas como en las intervenciones de Hannie y Aldo van Eyck, en Ámsterdam, luego de la Segunda Guerra Mundial. Es esta manera de actuar, con poco y con el convencimiento de que la brevedad de los elementos, lo cuidado de su elaboración y, muy especialmente, el contraste entre éstos y lo precario del espacio en el que se instalan, es lo que hoy resulta más inspirador. Intuimos algo parecido en cosas muy distintas, en la mesa de la cocina de Valerio Olgiati, con "comida italiana y vino francés", reunida por él mismo en su particular colección de objetos de su *Autobiografía iconográfica*; en la instalación *The Stitch Room* (2007) de los hermanos Ronan y Erwan Bouroullec o en el proyecto *Nagelhaus* de Caruso St John Architects para un viaducto en Zürich. Comunican tan bien su mensaje, es tan poderosa la forma de poner en valor lo que hay, que despierta de inmediato nuestro interés. Este último caso, el de Zürich, posee además la cualidad que tan bien explica Gilles Clément en el texto "El jardín en movimiento". Un jardín que incluye también las malas hierbas, las que estaban allí, y las incorpora. Así el trabajo del jardinero consiste en hacer aflorar su belleza con intervenciones diferentes, añadiendo algunas

plantas pero rehuendo hacer tábula rasa. Llegar e instalarse es también reclamar una mejor, más inspirada y menos prejuiciada intuición sobre el espacio. Supone moverse en él y ocuparlo con naturalidad, como lo haría un actor en una de esas obras de teatro en las que apenas hay atrezzo. Algunos actores lo ocupan tan eficazmente que le otorgan sentido y, si la obra lo requiere, ese espacio nos parecerá hermoso, cómodo, acogedor, alegre o confortable en su interpretación. Cuando leemos cada tanto que: "hay que reclamar una vivienda que se adapte a nuestras necesidades" o que "las viviendas actuales deben adaptarse a las necesidades cambiantes de las personas", no podemos dejar de pensar exactamente lo contrario: "somos nosotros los que debemos adaptarnos". De hecho, somos los únicos que lo podemos hacer. Nosotros somos flexibles, la casa no. Ser flexible es una actitud, un comportamiento y una forma de pensar, por eso nos cuesta poco adaptarnos a casi cualquier espacio en las vacaciones. Es esa actitud la que nos lleva a *llegar e instalarnos*, y, en ese momento, convertimos casi cualquier cosa en una casa. Reyner Banham reclamaba hace años la idea de una casa asociada a un equipamiento suficiente: "Cualquier bañera con un motor fuera de borda es una lancha —decía— cualquier local equipado adecuadamente es una casa", podríamos decir. Es verdad, pero también lo es que la bañera con motor fuera de borda necesita a alguien sin complejos, que quiera ir en esa barca y consiga con ella ir a algún sitio. •